

LAS SOLITARIAS



XXVIII

Existían en los tiempos á que se refiere esta historia dos pequeñas hadas, que se amaban con una ternura infinita. La una, no más alta que la hierba de un prado, tenía por nombre Muguette, la otra, que necesitaba levantarse sobre la punta de sus piecitos para mirar por encima de unas fresas salvajes, se llamaba Liserón. Era absolutamente imposible encontrar á Liserón sin Muguette, y á Muguette sin Liserón, tan felices se con-

sideraban viviendo juntas. Por todas partes se las veía acompañadas la una de la otra: al borde del bosque *Broceliande*, cuando las rondas matinales de las buenas Damas se deslizaban, sin tocarlo apenas, por el verde césped cubierto de rocío; por entre los juegos de Sílides que subían y bajaban como los deshollinadores por una chimenea, allá, en las orillas del Botton, muy cerca del mar que ruge, donde se embarcan las hadas en pequeños esquifes construídos con una cáscara de almendra. Cuantas veces los jóvenes pastorcillos que conducen sus rebaños al interior de estos bosques, habían escuchado un ruido ténue y ligero, casi imperceptible, semejante al que producen dos hojas de una flor que se chocan al caer so-

bre el húmedo musgo. Aquel ruido lo producían Liserón y Muguette, besándose con pasión en la boca.

Lejos de mí el pensamiento de aprobar, por frescos y rosados que fuesen sus labios, una familiaridad tan contraria á las conveniencias; estoy de acuerdo con la mayor parte de los moralistas que afirman, que esta clase de caricias no deben concederse nunca más que en sitios solitarios y ocultos, pero jamás entre personas del mismo sexo. Estas dos pequeñas hadas hacían muy mal en no reservarse de los Faunos que poblaban aquellos sitios, por más que éstos en época no muy lejana, se habían ocupado en hacer proposiciones á las hijas de aquellas tierras; y sobre todo, ¿no se les veía mezclarse y

tomar parte muy activa en las danzas matinales ó nocturnas que se celebraban sobre la verde alfombra de la pradera? Pues yo os pregunto: ¿el culpable empleo de las dos adorables bocas no es más digno de perdón que lo sería la infidelidad de sus deplorables homenajes? En fin, ¿qué os diré yo? Los hechos son los hechos y no puede hacerse que dejen de existir las cosas que ya se han verificado; culpables ó no, las dos bonitas hadas daban mal ejemplo.

¡Pero qué bien lo daban...! ¡Con qué placer nunca satisfecho y repetido siempre...! No hubierais dejado de enterneceros aun reservando la opinión de vuestra conciencia indignada, al haberlas visto con sus pequeños brazos desnudos, extender las verdes

hojas sobre el suelo y reclinar luego sus cuerpecitos de insectos, sirviéndoles de almohada los cabellos no más largos que las ramas de una margarita silvestre; era aquello según la expresión de un heróico poeta, la felicidad en el crimen.

Mas la Providencia no podía autorizar por mucho tiempo que se repitieran hasta la exageración aquellos deliciosos éxtasis: eran demasiado felices Liserón y Muguette, para que durara su dicha.

Aprended la aventura que las hizo separarse.

Una noche en que buscaban un albergue adonde entregarse á sus apasionadas caricias, repitiendo el agradable pecado de todos los días, se encontraron en presencia de un

lirio blanco y de una rosa del mismo color, hermosa y fresca, aunque un poco ajada por el roce continuo de las alas de las mariposas.

—¡Oh! ¡hermoso lirio!— exclama Muguette, y Liserón dice.—¡Oh hermosísima rosa!

—En este lirio dormiremos hoy— dijo la primera.

—No por cierto, que será en esta rosa—afirmó la segunda.

Se empeñó entre ellas discusión acaloradísima, llegando á incomodarse seriamente.

¡Locas y necias! ¿Qué podía importarles la cama si no habían de dormir; si por experiencia sabían que en cualquier lecho donde se metieran, sus ojos no se cerrarían sin haber gustado antes sus cuerpos todas las

deliciosas caricias á que se entregaban siempre en sus amorosos transportes?

Mas lo mismo que las mjeres, tienen las hadas sus nerviosidades y no son en ocasiones dueñas de reprimir sus ímpetus.

—Ha de ser en la rosa.—Ha de ser en el lirio—gritaban golpeando el suelo con sus diminutos piececillos.

Crispaban los puños demostrando todo el furor de que se hallaban poseídas, hasta que la aventura tuvo un extraño y triste desenlace.

—¡Me acostaré en el lirio!—dice Muguette.

—¡Y yo en la rosa!—gritó Liserón. Y sin perder un momento se extendieron á lo largo de los tallos, subiendo por ellos como los niños por una

cucaña, hasta desaparecer dentro de los cálices.

¿Creeréis que el enfado fué de corta duración? Nada de eso, las dos conservaban un rencor amargo que las impedía reunirse de nuevo.

Daba pena considerar que las pequeñas esposas harían aquella noche cama aparte, estando ya tan acostumbradas á lo contrario.

Empezaron por fastidiarse de verse solas y más tarde tuvieron la idea de reconocer sus errores y cambiar un perdón, pero eran demasiado orgullosas aunque fueran tiernos y cariñosos sus corazones, y por esta causa, se mantuvieron en la soledad de su albergue.

¡Qué de voluptuosos recuerdos acudían á sus doradas cabecitas, en

la soledad y tristeza del improvisado lecho! A pesar del enfado no dejaban de pensar la una en la otra, ¡se amaban tanto!

Ellas encontraron entre las quimeras de su sueño todas las embriagadoras dulzuras de sus amantes besos.

La brisa mecía lánguidamente las flores donde se habían refugiado las dos hadas; una ráfaga de aire más fuerte hizo que ambos lechos se aproximaran hasta confundirse.

Llegó el alba y terminó el sueño, bajaron Muguette del lirio y Liserón de la rosa, tristes, desfallecidas, revelando en todos sus movimientos, una voluptuosa fatiga.

Se vieron, pero fingieron no verse, ¡ah! una sola noche de separación había sido suficiente para convencer-

las de que también la soledad tiene al par que encantos, maravillas sublimes, inapreciables.

Desde aquel día Muguette y Liserón evitaban verse cuidadosamente, ¡ellas que con ardiente afán se habían buscado tantas veces!

No sólo no se prodigaban ternuras, sino que llegaban á mostrarse indiferentes la una con la otra; todas las noches, viéndose con la más glacial indiferencia subían Muguette á su lirio y Liserón á su rosa; y allí se entregaban al más dulce de sueños.

Vosotras, ¡ah! jóvenes vírgenes y pudorosas me haréis la justicia de reconocer, que yo, al comenzar este relato, reprobaba con todo mi corazón las dulces expansiones amorosas

de las pequeñas hadas, he censurado duramente aquellos besos furtivos dados entre las verdes ramas de la pradera, cuyo ruido parecía un dulce murmullo de hojas, he procurado separaros del mal camino, procurando que no sigáis tan perniciosos ejemplos, pero sabedlo bien, condeno con más energía el rencor y la inconstancia que demostraron, separándose voluntariamente, solo por haber regañado una sola vez.

Amad de corazón, ¡oh! tiernas doncellas, á vuestros prometidos; amad con el alma y los sentidos, ¡oh! jóvenes esposas á vuestros maridos y amantes aunque tengáis que resignaros muchas veces á algunas pequeñas concesiones, á sonrojaros por ejemplo, cuando os levantéis de la *chaise-*

longue, á donde os ha conducido la persistencia de una amiga deliciosa.

¡Qué jamás! ¡Oh! vírgenes tengan vuestros castos lechos ningún parecido con el lirio de Muguette, ni que vuestras camas, jóvenes esposas, se parezcan en nada á la rosa un tanto marchita que servía de refugio á Liserón.

No seáis nunca las hermanas, cómplices ó imitadoras de las pequeñas hadas, no juntéis vuestros labios de rosa, con otros que sean de exacto parecido; pero, ¡ah! que si despreciando mis consejos, seguís el ejemplo, seréis maldecidas por todos los hombres que sean dignos de llevar el nombre de amante, sí, maldecidas, maldecidas y condenadas sin apelación ante el tribunal del amor.

LA LIMOSNA



XXIX

¡Qué injusta es la horrible fealdad de la pobreza! ¿Ya que no posee los hermosos trajes y aderezos con que se engalanan las jóvenes ricas, ni los suntuosos trenes en que pasean su opulencia las esposas é hijas de los banqueros enriquecidos por las quiebras de otros, no sería equitativo al menos, haberla dotado con el don de la hermosura?

Si fuera bonita, poco, muy poco, la importaría el resto del mundo, porque podría tener por amante al-